

Puerto Rico AGENDA INCONCLUSA LATINOAMERICANA

José Ignacio Jiménez

"Espero que todas las naciones, aun las más pequeñas, aun las que no disfrutaran todavía de una plena soberanía, y aquellas que han sido privadas de ella por la fuerza, se reunirán con las otras en completa igualdad de condiciones en las Naciones Unidas" (Juan Pablo II, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, 1979).

Con motivo del seminario sobre Puerto Rico que se está celebrando en Caracas, bajo los auspicios del Ateneo y de la Comisión de Política Exterior de la Cámara de Diputados del Congreso, la cuestión colonial de esa isla vuelve a aparecer como tarea inconclusa del pensamiento político latinoamericano. Como pueblo caribeño de fuerte raigambre latinoamericana, Puerto Rico se está jugando en estos momentos nada menos que su supervivencia como ente nacional, unido por razones políticas, económicas y militares a la hegemonía norteamericana en la región.

LA SOLIDARIDAD LATINOAMERICANA

El destino de este país intervenido pero no asimilado jamás ha provocado la indiferencia de Latinoamérica. Pocas preocupaciones han reunido en su entorno a un espectro tan variado de pensadores y escritores latinoamericanos, como la del caso de Puerto Rico. Si bien es cierto que los sectores revolucionarios y anti-imperialistas del continente han demostrado una mayor constancia en la lucha por conseguir un Puerto Rico in-

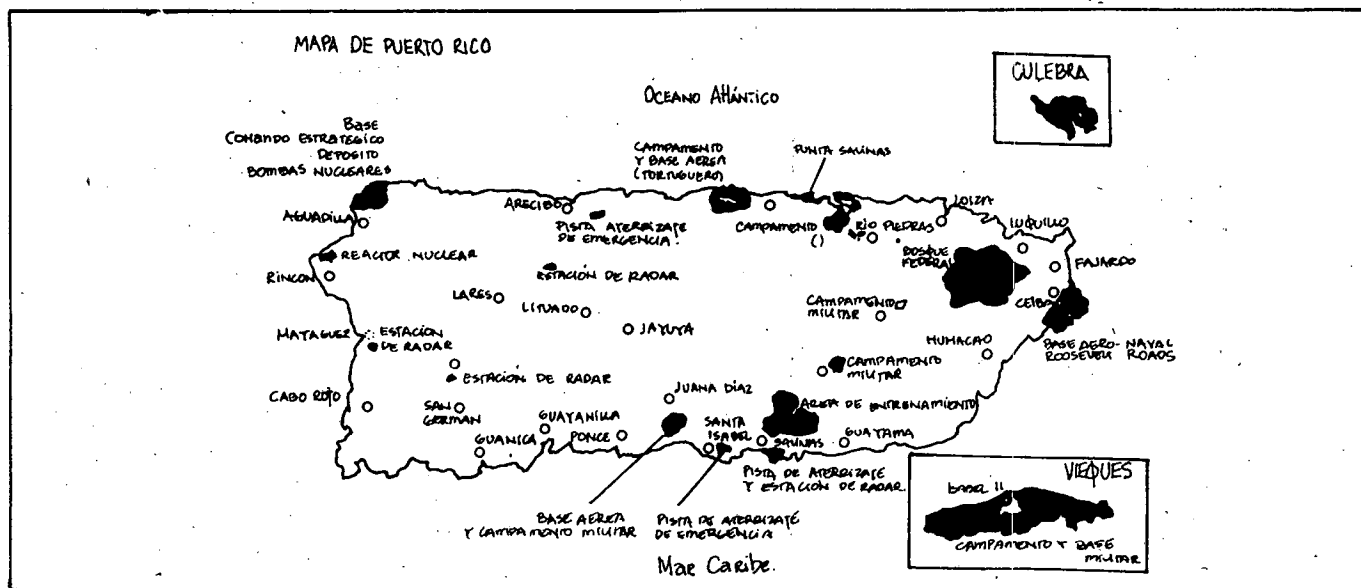
dependiente, no es menos cierto que este tema pendiente ha movilizó a un sector significativo del pensamiento tradicional y conservador de Latinoamérica. Frescas están en la memoria las opiniones vertidas sobre las reivindicaciones de Puerto Rico por figuras destacadas de la derecha iberoamericana, como Arnulfo Arias, Arístides Calvani y José María Velasco Ibarra. De la izquierda, con sólo mencionar las intervenciones de Gustavo Machado, Juan Bosch y Fidel Castro sobre esta isla, se ofrece una muestra de las pasiones que su situación ha provocado en el ámbito latinoamericano. De más está decir que los compromisos bolivarianos contraídos con el pueblo de Puerto Rico desde el siglo pasado, han caracterizado todas las constantes latinoamericanas en la región del Caribe.

Las poderosas razones de seguridad nacional invocadas por la metrópoli y los innegables nexos económicos que embargan a la isla, nunca podrán ser legítimamente esgrimidos por quienes anhelan olvidar o anular —por incómoda y fastidiosa— la larga trayectoria de solidaridad latinoamericana con Puerto Ri-

co. Esto equivaldría ni más ni menos a negar nuestras propias aspiraciones latinoamericanas, que, si bien deben cuidarse de inmiscuirse en asuntos específicamente privativos de los propios puertorriqueños, tampoco pueden negarse a participar de una manera especial en el desenlace de la problemática colonial de la isla.

ENTRE EL MIEDO Y LA LATINOAMERICANIDAD

Los vaivenes y perfeccionamiento del estado liberal-colonial que rige en Puerto Rico desde 1952, no han alterado en nada sustancial la situación de dependencia en que se encuentra la isla, ni la inseguridad y confusión de su población en lo que a la soberanía se refiere. Es cierto que con la detención de la ofensiva asimilista, después de la victoria del gobernador Rafael Hernández Colón, se respira un ambiente de franco diálogo entre las distintas fuerzas nacionales del país, cosa que jamás se hubiese dado hace sólo unos años. Todos los sectores políticos de Puerto Rico parecen percatarse de que la anacrónica situación colonial de la isla no puede seguir ignorándose por tiempo indefinido, a pesar de que este aplazamiento parece contar con el apoyo de algunas esferas influyentes de fuera y dentro del país. Este miedo a sí mismo tal vez constituya el peor legado de la presencia colo-



nial en la isla, avalado por un constante bombardeo informativo que repite hasta la saciedad a los puertorriqueños que ellos deben desdenar cualquier identificación con Latinoamérica. Se contrasta en esta propaganda el relativo bienestar económico de la isla con el ambiente de desasosiego y corrupción administrativa del resto de Latinoamérica, la inestabilidad en las cercanas islas del Caribe, y los rigores de la vida en Cuba. Toda iniciativa en favor de una mayor autonomía es automáticamente ahogada por este falaz manejo de los temores y la desinformación de los puertorriqueños. Las limitaciones impuestas por un mercado cautivo y los peligros para Puerto Rico inherentes en una creciente militarización de la isla, no parecen importar demasiado a la hora de hacer un balance de las ventajas y desventajas de su status actual.

Pero no todo permanece quieto ni estancado en Puerto Rico. Desde la victoria del actual gobernador, se está perfilando una gran ofensiva tendiente a abrirse camino entre la comunidad latinoamericana, y esto no puede menos que ser bien recibido por Nuestra América. Por encima de los cabildeos políticos y arreglos momentáneos, los latinoamericanos desean un Puerto Rico cada día más puertorriqueño que garantice la permanencia y participación de esta isla en los asuntos de familia. Esto podría significar el comienzo de un nuevo reencuentro con nuestras comunes raíces, que si bien nunca han quedado interrumpidas a nivel popular, no siempre han sabido dar sus mejores frutos en el campo oficial. Pero perdura inalterable el presente status, donde a veces se vislumbra la dependencia no como una etapa transitoria, por muy conveniente que resulte, sino como un estilo permanente de vida que terminará con cegar cualquier consolidación nacional enraizada en el sentimiento patriótico puertorriqueño. Resulta difícil negar que la independencia no significa un bien absoluto para muchos puertorriqueños, y los motivos tras este temor son tan sutiles y complejos que no viene al caso discutirlos aquí.

SUPERVIVENCIA CULTURAL

Por otro lado, nadie, ni los más fervientes seguidores de la incorporación de este pueblo latinoamericano a la Unión norteamericana, se atrevería a proponer la dependencia como una solución ética ni edificatoria para los puertorriqueños. Cuando se habla fuera de la

latinoamericanidad de Puerto Rico, presentando este hecho como algo insólito, es justo recordar que la iniciativa y constante vigilancia de esta personalidad cultural, casi siempre ha correspondido al sector independentista y autonomista de la isla. Si los ochenta y ocho años de presencia norteamericana en Puerto Rico no han logrado que la mayoría de sus habitantes deseen la incorporación a los Estados Unidos y la disolución de su nacionalidad, es hora ya de decir que esto se debe fundamentalmente a la labor callada y espontánea de este sector. La isla ya ha dado sobradas muestras de supervivencia cultural y su integridad como nacionalidad latinoamericana ya no puede ponerse en duda. Abundan los testimonios al respecto, pero tal vez las palabras pronunciadas por Juan Pablo II, durante su visita a Puerto Rico en 1985, resalten mejor que otras esta realidad. En su alocución a los fieles, el Sumo Pontífice recordó al pueblo puertorriqueño que se encontraba "situado dentro de un contexto latinoamericano", rubricando así el hecho de que la Iglesia de Roma jamás ha reconocido el cambio de soberanía de 1898. Una detenida revisión de la obra literaria y poética de los estamentos pensantes de la vida puertorriqueña, también nos revelaría que queda fresca, viva e intacta la reivindicación independentista. La febril actividad intelectual de estos luchadores no puede menos que conmover a cualquier observador latinoamericano, por muy insensible que sea. Su testimonio permanente e infranqueable en defensa de la identidad de Puerto Rico, constituye la savia de toda una generación de patriotas. Ninguna solución a los acuciantes problemas políticos y económicos de la isla puede prescindir del concurso y estímulo de estos auténticos custodios de la nacionalidad.

LA CONTRADICCION NORTEAMERICANA

Por todos estos motivos, la opinión pública latinoamericana se siente lógicamente preocupada por la ambivalencia del gobierno de Washington hacia Puerto Rico. Existe una evidente contradicción entre la postura oficialista norteamericana que alega que los puertorriqueños ya aprobaron su status actual en 1952, y el hecho de que en última instancia la soberanía de Puerto Rico permanezca en manos del Congreso norteamericano. Por un lado, se ha insertado a la isla en la categoría de "territorio" de los Estados Unidos, bajo su Congre-

so, y por otro, se sigue afirmando que la isla no es una colonia. Tanto esta obvia y anacrónica contradicción jurídica, como la falta de claridad que frecuentemente acompaña las explicaciones oficiales puertorriqueñas al ser interrogadas sobre el particular en Latinoamérica, hace que la reunión que se está celebrando en Caracas sobre Puerto Rico, resulte urgente y necesaria.

LA RESPONSABILIDAD LATINOAMERICANA Y PORTORRIQUEÑA

Por todo esto, Latinoamérica tiene el derecho de exigir una mayor claridad sobre los derroteros que se proponen actualmente en Puerto Rico, y sobre cuáles han de ser los parámetros que delimiten los intereses netamente puertorriqueños de las exigencias geopolíticas que imperan en la región. Para que estas iniciativas latinoamericanistas de Puerto Rico no queden relegadas al olvido, hace falta saber a dónde se dirigen y en función de quién se promueven estos pasos. No es la primera vez que la falta de visión política y la pusilanimidad de nuestros dirigentes han llevado a tenues y fallidos intentos soberanistas, que, por otro lado, siempre han contado con la buena voluntad y entendimiento de Latinoamérica. Ahora, simplemente se trata de conseguir que sean reales y serios, y en definitiva, que conduzcan a unas medidas concretas que consigan una mayor libertad para Puerto Rico. Tal vez nos estemos acercando al momento en que la desigual relación de Puerto Rico con el Congreso norteamericano, pueda ser franca y abiertamente expuesta al juicio del pueblo puertorriqueño, y que éste pueda juzgar por sí mismo, sin presiones, temores ni acondicionamientos, si sus intereses fundamentales como nación han sido hipotecados o no a las necesidades y demandas de otros centros de poder. Si los ochenta y ocho años de colonialismo han hecho posible el amortiguamiento de una decisiva reacción nacionalista en Puerto Rico, ya es hora de preguntarse a quién verdaderamente beneficia esta situación. Los hábitos de adicción a la dependencia que se han adueñado de algunos sectores de la sociedad puertorriqueña, no pueden constituir jamás una forma permanente de vida, y termina degradando al beneficiario como al supuesto benefactor. Sólo la imaginación e iniciativas de la clase dirigente puertorriqueña, que ha dado numerosas pruebas de su talen-

to político, y la visión del gobierno norteamericano, pueden poner fin a este callejón sin salida. En la isla existe un caudal humano e intelectual suficiente que señalaría la conveniencia de encontrar nuevos derroteros en sus relaciones con Estados Unidos. La infraestructura adquirida durante los últimos veinte años, el nivel educativo alcanzado y la destreza tecnológica de su población, unidos a las enormes posibilidades que se le abrirían con Latinoamérica, parecen aconsejar una revisión de sus relaciones con el exterior. Países como Venezuela, Panamá, Perú, Argentina y México, podrían desempeñar un papel decisivo en el desmantelamiento paulatino del colonialismo en Puerto Rico, y se podría recabar la asistencia de ciertos países de Europa. Ya no es válido esgrimir la histórica presencia de Cuba en la solidaridad con Puerto Rico, como excusa para evadir nuestros compromisos bolivarianos. Con el co-auspicio por la Habana en 1985 de una resolución venezolana en las Naciones Unidas sobre la descolonización de Puerto Rico, parece iniciarse la reinserción de este caso en el contexto latinoamericano del cual nunca se de-

bía haber apartado.

LA HORA DE PUERTO RICO

El reciente acercamiento de Puerto Rico a la comunidad latinoamericana ha hecho que las protestas de antaño puedan convertirse en unas propuestas concretas destinadas a devolverle a la isla la posición que la historia le tiene reservada entre estas naciones. Pero todo intento, por muy disimulado y discreto que sea, que busque debilitar las preocupaciones latinoamericanas sobre el futuro de Puerto Rico, siempre ha de contar con el rechazo de Nuestra América. Estas fuerzas seguirán viendo con buenos ojos a un Puerto Rico caribeño y latinoamericano que decida convertirse en puente hacia unos Estados Unidos amplios y generosos. Jamás aceptarán a una isla hermana que sirva de portaviones y base de operaciones contra un mundo latinoamericano convulsionado que apenas logra balbucear sus primeros reclamos y aspiraciones.

Las distintas resoluciones de la Internacional Socialista sobre el derecho inalienable de Puerto Rico a la indepen-

dencia, la creciente simpatía que su caso evoca entre muchos elementos cristianos y liberales del continente, la solidaridad del campo socialista, y aun la incipiente flexibilidad de ciertos medios en Washington, hace pensar que Puerto Rico se acerca a su momento.

En 1992 se celebrará el V Centenario del Encuentro de España con América, y entre otras cosas se rendirá homenaje a nuestro mestizaje, ese maravilloso crisol racial y cultural que ha dado fuerza y carácter a los pueblos latinoamericanos. Puerto Rico jamás ha dejado de pertenecer a ese mundo, del cual se vio seccionado hace ochenta y ocho años por razones de guerra y de conquista. Su poeta criollo por excelencia, Luis Llorens Torres, decía que la historia siempre encontraba a la isla "fuera del ala" latinoamericana, y que este patito feo sólo anhelaba reunirse con sus veinte hermanos. Quiera Dios que el cisne de nuestro relato pronto pueda surgir de su largo sueño y que con Eugenio María de Hostos podamos todos los latinoamericanos decir:

"adelante boricuas, que estamos sólo a mitad de la jornada".

LIBRERIA MUNDIAL

TODOS LOS TEXTOS PARA LA
ENSEÑANZA PRIMARIA, SECUNDARIA Y PROFESIONAL

Solicite el Catálogo

Apartado 2.400 - CARACAS

Oficinas y Mayor: Santa Capilla a Mijares, 26
Teléfonos 81.07.09 y 81.03.37

Exposición y detal: Veróes a Jesuitas, 16
Teléfono 81.07.09